

heredero de muchas de las directrices de Marc Bloch, Lucien Fèvre y Braudel. Aunque no siempre se esté de acuerdo con él (como en algunas de sus consideraciones sobre los sentimientos amorosos en los siglos XII y XIII en Provenza), sus trabajos, para este profano en historia, como en tantas cosas, pero habitante curioso de Babel, siempre han sido ilustrativos y acicateadores. Ahora se reedita (la primera edición, en francés, es de 1984), en su Biblioteca Alianza 30, con un álbum que incluye un estudio documentado de José Enrique Ruiz-Doménec, *Guillermo el Mariscal*. Duby se basó en una abundante investigación, aunque nos dio un texto sin tropiezos eruditos, lo que le ocasionó sospechas académicas. Está basado, como fuente principal, en la *Histoire de Guillaume le Maréchal*, un largo poema en francés descubierto y editado a finales del siglo pasado por Paul Meyer y debido, probablemente, a algún hijo o hija del mismo Guillermo. Lo atrevido de Duby es que utilizó la desprestigiada noción de relato para su trabajo, es decir, que introdujo un elemento ficcional en el documento, cosa que, como nos cuenta Ruiz-Doménec, despertó algunas críticas entre historiadores. Por otro lado, la obra señala hacia las relaciones entre la aristocracia y el poder monárquico del siglo XII.

La traducción, sobre todo cuando se trata de poesía, es uno de los bienes más preciados de la literatura: ni

abunda la buena ni se improvisa, sino que requiere que junto a los conocimientos de ambos idiomas se tenga el don de la creatividad. Los lectores franceses pueden estar satisfechos (también nosotros) con la traducción de los poemas de Juan de la Cruz llevada a cabo por el poeta, traductor y ensayista Jacques Ancet: *Nuit obscure. Cantique spirituel et autres poèmes* (Préface de José Ángel Valente, Gallimard, Collection Poésie). La primera traducción del *Cántico espiritual* a la lengua francesa se debió a René Gaultier, en 1622, es decir, cinco años antes de que se publicara en español. Esta traducción, que se lee en francés como un poema original, coincide con la publicación de *La tendresse*, poema narrativo de Ancet que cierra un ciclo abierto con *L'incessant* (1979) y continuado con *La mémoire des visages* (1983) y *Le silence des chiens* (1990). Y sin dejar a los poetas, hay que congratularse que la Oxford University Press haya publicado los *Selected Poems (1955-1997)* de Charles Tomlinson. El lector español puede leer una antología bilingüe, *La insistencia de las cosas*, debida a varios autores, publicada por Visor, *Air Born/Hijo del aire* (con Octavio Paz), editado por Syntaxis, Tenerife, y *La huella del ciervo*, traducido por el merodeador de esta discreta Babel de papel y publicado en la misma isla por Nilo Palenzuela. La antología de Tomlinson recoge dos poemas hasta ahora no colectados.



Homero, donde –si no recuerdo mal– hay una imagen del mar como montes en movimiento. Pero esa única línea, es todo un paisaje, de mar y tierra.

Se esté de acuerdo o no con los paradigmas de la crítica de Northrop Frye, pocos críticos literarios de envergadura pueden decir que no han aprendido cosas importantes en sus libros. Ahí están el monumental estudio hermenéutico *Anatomía de la crítica* y libros menos ambiciosos, pero sin duda notables, como su estudio sobre Eliot o *La escritura profana*. En 1989 Frye mantuvo unas conversaciones radiofónicas con David Cayley, en las que repasaba la vida y las ideas del crítico canadiense. Este tipo de libros pueden ser (no siempre lo son) enormemente válidos, porque el que habla no es el mismo que el que lo escribe y forzosamente ha de simplificar o expresar las ideas de fondo. Si un filósofo nos habla de su volumen de quinientas páginas, raramente nos explicará sus meandros y paradojas, vueltas y revueltas, sino aquello que buscaba, la idea central. Y eso que parece obvio no siempre lo es. Leemos a un autor y a veces no logramos (perdonen mi torpeza) enterarnos del asunto central. Y es un fastidio. Este libro se llama *Conversaciones con Northrop Frye* (Península, 1997). Frye fue un muchacho introvertido, con unos padres que pertenecían a una generación anterior a los padres de

sus amigos; además, su madre estaba sorda. Descripción típica de hombre libresco: «muy estudioso y físicamente bastante torpe». Hombre religioso, tuvo una revelación. Estudiaba en el Emmanuel College y un día, eran las tres de la mañana, mientras preparaba un examen sobre el *Milton* de Blake (Blake ha sido para Frye una piedra de Rosseta respecto al universo cultural y trascendente), de pronto se le hizo la luz: «Desde entonces, como suele decirse, no he vuelto a ser el mismo». Al igual que para Blake, para el crítico canadiense la Biblia ha sido la Carta Magna de la imaginación humana. Con una cultura admirable, desvela orígenes y cursos, como el término imaginación que, según nos aclara, cambia de sentido en Blake, adquiriendo el sentido positivo que hoy le otorgamos, mientras que hasta entonces designaba a lo meramente imaginario (lo que no está). Frye tiene un tono de alta precisión, pero suelto, capaz de referirse a Spengler así: «Era el sinvergüenza más estúpido que me he echado a la cara». Admira *La rama dorada*, pero confiesa que es una obra que también está escrita «por un hombre bastante estúpido». No es extraño, la inteligencia no opera en todos los campos, y hay hombres que pueden escribir *La decadencia de Occidente* y sufrir la mencionada desgracia. De paso, sobre la estupidez trata un libro de André Glucksmann (Ed. Península) que he leído